

Autobiografía. Más de mis muertos. Nuevo.

(Nota añadida el lunes 13 de noviembre del 2006, después de escribir en la página tres el inciso en que hago unos comentarios sobre el papel que jugó mi buen amigo, José Luis Pinillos, en el tribunal de mi cátedra de Antropología. La reflexión sobre lo que estoy escribiendo me hace consciente de la necesidad de aclarar que el deterioro de mi memoria no es el único factor causante del desorden de lo que escribo. Hay otro factor que tiene una gran importancia, quizá una mayor importancia. Es el propio desorden de los acontecimientos que narro. Por circunstancias diversas, sin duda en parte mi propio carácter desordenado, pero también probablemente por los tiempos y la situación familiar poco holgada en que viví, me llevaron a hacer las cosas de la forma en que las hice. Mi decisión de opositar a una plaza en el colegio de Burjasot era sin duda necesaria si quería estudiar, ya que no había otras becas en aquellos tiempos. Pero era un disparate aventurarse del modo que lo hice. En el bien amado colegio de Burjasot nos lo daban todo. La comida, la habitación, los libros. El jardín era espléndido, teníamos pista de tenis y frontón y hasta un espacio en el que podíamos jugar al fútbol. Nos pagaban el tren o el tranvía para ir a la Universidad. Pero desde Tetuán hasta el Colegio teníamos que ir por nuestros medios, y yo no tenía medios. Era una barbaridad. Claro está que iba y venía, pero..Lo que costaba mi viaje era más de lo que en mi situación y la de mi familia podía yo pagar. En verano me esforzaba en dar clases particulares por las que cobraba más de lo que Tetuán era habitual. Mis clases tenían una gran demanda y me ocupaban toda la tarde. Por la noche, hasta las 4 de la madrugada, leía y escribía poesía, por cierto que muy mala. No la conservo ni la recuerdo. Había conocido a un gran poeta, mayor que yo, que estaba en Tetuán haciendo su servicio militar, después de agotar todas las prórrogas posibles. Se llamaba Carlos Bousoño. Leyó mis poemas y me dijo sinceramente que le parecían muy malos. Y dejé de escribirlos.)

Esta es una parte de mi autobiografía que me resulta extremadamente difícil escribir, y más escribir honradamente. Cristina me ha hecho una reflexión convincente: para ser honesto y no jugar con ventaja tengo que juzgar a aquellos de los que hablo no desde mis setenta y seis años de ahora, sino tratar de juzgarlos con el rasero de lo que yo había hecho cuando tenía la edad de ellos en el momento en que los conocí. Mi contribución a la historia de las religiones cuando yo tenía treinta y pocos años ¿era tan superior a la de Don Ángel como puede parecerme -y me parece- ahora?

Aquellos de los que hablo aquí fueron maestros míos en una época en la que yo necesitaba aprender de lo poco que había, pero aprender de ellos en cierto modo me colocaba en la disyuntiva de traicionarme o traicionarlos. Y las dos cosas me parecían injustas y deshonestas.

Cuando salí de Burjasot Don Ignacio, para facilitar la continuidad de mis estudios, se puso en contacto con Laín, que había sido años atrás colegial de aquel colegio mío (aunque en su biografía de Internet, que abajo reproduzco, no se diga) para que dirigiera la continuación de mis estudios en Madrid. Don Ignacio hizo más, muchísimo más por mí: me consiguió una beca en el Colegio Mayor San Pablo, de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas. (Por cierto que vaya sitio).

Mi entrevista con Laín.

Laín era entonces rector de la Universidad Complutense. Me presenté a él, creo que en el edificio de la calle de San Bernardo y me recibió en el acto. Me hizo exhaustivas preguntas sobre lo que sabía y lo que quería hacer. Le pareció excelente que quisiera dedicarme a Historia de las religiones y me hizo una pregunta que me desconcertó: que si sabía latín y griego. Yo leía bien el griego, pero el latín muy mal. No se lo dije. Un poco irritado le contesté que lo que sabía y hablaba bien era el alemán. Me preguntó de bastante mal humor que qué tenía que ver eso y yo le dije que había

muchas más religiones que la griega y la romana y que mi intención era estudiar las religiones primitivas. Creo que se encogió de hombros y nada más.

Lo que sí que hizo fue que ponerme en contacto con Ángel Álvarez de Miranda. Lo llamó por teléfono y concertó una cita para mí.

Hizo más. Me puso en contacto con alguien de la Residencia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas para que me buscara alumnos para darles clase y para que me pudiera ganar la vida. Tuve un alumno rico, en la calle Lista, con el que no me porté bien. Le dí clase mientras necesité su dinero y luego lo dejé tirado sin explicaciones.

Laín me dio también una beca para ir a las conferencias que daba Xavier Zubiri y me dijo que nos veríamos allí. Zubiri me enseñó muchas cosas que me hicieron pensar y me han servido después. Pero el ambiente de aquellas conferencias, con todos bien trajeados y vestidos, y la beatería con que todos le escuchaban, me resultaban desagradables.

Mi entrevista con Ángel Álvarez de Miranda.

[Acotación biográfica. Ángel Álvarez de Miranda Vicuña (1915-1957) Nació en Manzanos, Alava; abandonó sus estudios en el Seminario y se licenció en Filología Clásica en Madrid, completando su formación en el Instituto Bíblico de Roma, con Raffaele Pettazzoni, doctorándose en Ciencias histórico religiosas por la Universidad de Roma. Después de la guerra fue colegial del Cisneros y director de Cisneros, la revista que publicaba ese Colegio Mayor de Madrid. Desde 1948 a 1954 permaneció en Roma, dirigiendo el Instituto Español que él organizó. Protegido por el ministro Ruiz Giménez, en julio de 1954 ocupó la primera Cátedra de Historia de las Religiones de la universidad española, hasta su muerte temprana en 1957. En el prólogo a sus Obras, Laín Entralgo le califica de «héroe cristiano».]

Fui a casa de Don Ángel (siempre lo llamé así: Don Ángel) la misma tarde en que Laín me dio su dirección en la calle Vallehermoso. Él ya estaba enfermo (esclerosis lateral amiotrófica) pero aún respiraba bien. Me trató de Vd. desde el primer momento, lo que a mí, habituado al tuteo (unidireccional) me agradó. Tenía una dicción cuidadosa y una expresión precisa y culta, y me gustó escucharlo. Ya en mi primera visita entró a vernos su mujer, Chelo, que se mostró muy cariñosa y me tuteó con mucha cordialidad y me invitó a que la tuteara yo también, cosa que no me atreví a hacer. Hablamos de Valencia, que no conocían o conocían mal. Yo no quería alargar aquella primera visita, pero ellos insistieron en que me quedara. Chelo dijo: Hablad de vuestras cosas. Y comenzamos una grata charla. Le dije a Don Ángel lo que no le había dicho a Laín, que a mí la religión griega y romana me interesaban y que yo había escrito mi tesina sobre *Las Vidas paralelas de Plutarco como fuente para el estudio de la religión griega*, que el griego lo leía bien, pero el latín nada de nada, y que lo que ahora quería estudiar eran las religiones primitivas y a él le pareció muy bien. Enseguida me sugirió que entonces tendría que ir a Francia. Él le escribiría a Mircea Eliade para que me atendiera y me orientara. Que ya hablaríamos. Quedamos en que volvería el día siguiente.

Y volví al día siguiente y al otro y muchos días más. Me sentía muy a gusto en aquella casa llena de libros y con aquellas personas tan gratas. Pero tan larga y tranquilamente como el primer día pocas veces pudimos hablar. Don Ángel tenía muchas visitas, de amigos y de menos amigos, que iban a verlo por su enfermedad. Un día me dijo malhumorado cuando se marchó uno de ellos: "Apenas le conozco, no sé para qué ha venido". Chelo se lo reprochó: "No digas eso, hombre" Pero los amigos eran más frecuentes. Allí conocí a Federico Sopeña (musicólogo y párroco de la iglesia de la Ciudad Universitaria), a José María Valverde (Premio Adonáis de Poesía, que había sido secretario de Don Ángel cuando este dirigía el Colegio Español de Roma), al poeta Dionisio Ridruejo, coautor del Cara

al sol, exvoluntario de la División Azul y luego desengañado del franquismo y rebelde contra Franco, al que éste desterró aquí, en Sant Cugat del Vallés (donde le trató un profesor de Geografía amigo mío, Juli Busquets, de la UMD, que fue encerrado en la cárcel de Figueras). Antonio Tovar, el filólogo más de derechas que he conocido, que era cultísimo. A José Antonio Maravall, el historiador. He olvidado a muchos. José Luis Aranguren, el pensador cristiano, fué de todos los que allí conocí el único que me invitó a visitarle en su casa, como luego contaré. Por allí pasaron también muchos de los alumnos de habían residido en el Colegio Mayor Nuestra Señora de Guadalupe cuando lo dirigió Don Ángel. No podré recordarlos a todos pero en Internet he encontrado datos muy interesantes que resumo aquí para completar. Los subrayados corresponden a amigos que conocí en casa de Don Ángel y a los que después seguí tratando. En su mayor parte eran personas algo mayores que yo.

Pero antes de seguir con ellos tengo bastantes más cosas que decir de mi relación con Don Ángel. Además de ser discípulo atento en su casa, seguí las clases que daba en la Facultad de Filosofía y Letras.

Inciso.

Yo había estudiado en Valencia, desde 1947 hasta 1950, la Licenciatura de Geografía e Historia que interrumpí sin concluir para irme a Tetuán a cumplir mi servicio militar. En aquella época existía la posibilidad, que casi todos los estudiantes escogían, de cumplirlo en las milicias universitarias. Era una posibilidad que deseché.

Una Ley de 22 de febrero de 1941 (que estuvo vigente al parecer hasta el 2003) creó las "Milicias Universitarias" que permitían a los estudiantes universitarios cumplir su servicio militar durante las vacaciones en tres meses de verano, en régimen de campamento. Al cabo de ese tiempo salían como álfereces de complemento, o como sargentos, según su puntuación. Después, una vez terminados sus estudios tenían que incorporarse a sus destinos y pasar varios meses de prácticas. A mí, cómo estudiante de Valencia, me hubiera correspondido el campamento de Montejaque, en la provincia de Málaga). Para mí cumplir el servicio militar como soldado raso ya era un trauma. Pero ser oficial hubiera sido una traición. Así que opté por dejar sin terminar las cosas que tenía que hacer en Valencia, deje la Licenciatura sin terminar y me fui a servir a mi patria en Tetuán.

Tenía un compañero del colegio con el que me había llevado muy bien. Se llamaba Román Martínez de Velasco, Manín le llamábamos nosotros,. Se había hecho militar y ya era teniente de Intendencia. Y me había ofrecido el verano anterior que, si yo quería, él podía arreglarme un servicio militar cómodo, corto y poco heroico. Tenía que cumplir con el período de instrucción, que eran tres meses, hasta la jura de bandera y tendría que estar en el cuartel. Luego él me cogería de asistente y ya sólo tendría guardias nocturnas cada dos o tres días. Y así hice el servicio militar. Pude seguir con mis clases particulares que me daban un buen dinero. Y sobre todo pude seguir escribiendo mi tesina sobre *Las vidas paralelas de Plutarco como fuente para el estudio de la religión griega* .

Recibía las visitas de mis compañeros de Burjasot que habían escogido la solución de las milicias universitarias, estaban en Montejaque y vinieron a Tetuán en un breve permiso que les concedían tras la jura de bandera. Vinieron Pepo Sánchez Fayos, de Valencia, un médico muy competente. Años después ingresó en la Clínica de la Concepción y se convirtió en una eminencia. Atendió a Don Ángel ya en el pulmón de acero. Y formaría parte mucho después del "equipo médico habitual" que cuidó a Franco. Toni Mut y Antonio Roig, de Palma de Mallorca, también vinieron. Antonio Roig no era músico, pero sí extraordinariamente aficionado a la música y me contagió esa afición.

Todos los de las milicias, salvo Toni Roig, venían hartos del campamento y me aseguraban que mi decisión de hacer el servicio militar ordinario les parecía mucho más inteligente. Toni Roig era más pasota. Muchos años más tarde ha sido rector de la Universidad de Palma.

A Pepo Sánchez Fayos le volvió a corresponder Tetuán para los meses de prácticas, en el Hospital Militar, y yo le puse en contacto con un médico muy inteligente y competente que conocíamos, el Dr. Trigueros, muy bien relacionado, que facilitó su ingreso posterior en la Clínica de la Concepción.

Vuelvo a mi interés principal, mi relación con Don Ángel.

También a José María Valverde (1926-1996) lo conocí en casa de Don Ángel. Había sido secretario del Colegio Español de Roma cuando lo dirigía mi maestro. Era un poeta, entonces joven, con varios premios importantes. Muchos años después (tantos que yo ya era Catedrático en la UAB) él fue catedrático de estética en la Universidad de Barcelona. Tuvo mucha resonancia su gesto de solidaridad con los profesores expedientados por los franquistas (Aranguren, Tierno Galván y varios más). En una clase repleta de alumnos entusiasmados, dijo *Nulla aethetica sine aetica*. Apaga y vámonos. Y dimitió y se fue a América

Constantino Láscaris Comneno, Carlos París Amador, Carlos Alonso del Real, y José Luis Pinillos eran del mismo grupo y yo también los conocí, pero no en casa de Don Ángel. Allí no recuerdo haberlos visto nunca.

(Inciso. Muchos años después José Luis Pinillos fue mi astuto defensor en mi tribunal de Cátedra para una plaza en la UAB. El tribunal se había manipulado y tenía una composición a priori muy hostil, muy favorable a otra persona (Esteva, Catedrático de la Universidad de Barcelona y Alcina, de la Universidad de Madrid eran los jueces conchabados. Isidoro Moreno, profesor titular en Sevilla era el proyectado beneficiario). El presidente era neutral, era Sergio Rábade. Yo le escribí una carta denunciando y explicando la manipulación y me contestó muy atentamente agradeciendo mi información y asegurando que estaría al tanto y vigilaría escrupulosamente la justicia de las actuaciones. Y Pinillos consiguió que la ganara yo por tres votos a dos. ¿Qué votos? Votaron a mi favor Rábade, Esteva, porque Pinillos le convenció de que, puesto que yo iba ganar las oposiciones en Barcelona, lo mejor era que él me votara; y se ofreció a votar él en favor de Isidoro para que el resultado fuera de tres a dos. Lo hizo con mucho donaire: dijo: voto a Ramón, perdón, me he equivocado, voto a Isidoro Moreno).

Voy intentar ahora tirar de otro hilo de mis deshilachados recuerdos. Soy consciente de que con este desorden será difícil seguirme. Pero luego trataré de ordenarlo, hacerlo más inteligible y más fácil de seguir. Para conseguirlo volveré varios años atrás.

Las clases de Don Ángel.

Cuando yo lo conocí Don Ángel todavía daba clases en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. Lo llevaban en su coche y lo trasladaban al aula en silla de ruedas y sentado en ella daba su clase. El aula era pequeña y el primer día cuando llegué yo había poca gente. Una chica de Tetuán me reconoció y me saludó. Yo no la reconocí, pero no se lo dije. Luego la recordé, pero no su nombre. Me parece que se llamaba Ma, y que le gustaba mucho el baloncesto, jugaba muy bien.

Ella ya había asistido otras veces y me dio las primeras impresiones: me dijo que a Don Ángel le costaba mucho hablar y que se cansaba mucho. Que en las filas de atrás no se le oía. Así que me senté junto a ella, en primera fila.

El aula se fue llenando. Había varios sacerdotes y varias monjas. Vi también a un personaje extraño, que se llamaba Gómez Tabanera. Era canario y Don Ángel me comentó en su casa que aspiraba a quedarse con la Historia de las Religiones. Me pareció que lo despreciaba. (Volví a encontrar a Gómez Tabanera en la Universidad de Oviedo. Hablaré de él, aunque no sé si valdrá la pena. Había escrito un montón de libros de muy pobre calidad, pero podía permitírselo porque, como me dijo él mismo, él corría con los gastos y tenía mucho dinero). (Con el trabajo que me cuesta recordar no creo que valga la pena esforzarme con tipos como ese).

Yo ya estaba prevenido cuando llegó mi maestro, pero a pesar de todo me impresionó. Era verdad que le costaba hablar. Tenía tan vivo el recuerdo de su voz tan cuidada, su dicción tan culta, que en el aula, que aunque pequeña, era mayor que su despacho, no la reconocía. Por otra parte, seguir la clase no me resultaba fácil. Era la conclusión de varias clases a las que yo no había ido, una introducción a la problemática del hecho religioso y las ideas que expuso no eran suyas, ni él las presentaba como suyas, pero los autores de los que habló yo ya los conocía y me interesaban poco.

Sumado todo, la primera clase que le oí a Don Ángel no me satisfizo.

La siguiente sí me gustó más. Habló del padre Schmidt y de Schebesta y dijo cosas que me parecieron agudas y acertadas. Me hubiera gustado comentarlas con él, pero en la clase no había diálogo y cuando le dije a Chelo si podía ir a verlo a su casa por la tarde me contestó que mejor no, que llegaba muy fatigado. Lo entendí.

Y todavía fui a una tercera clase, en la que me parece que habló de religión e irreligión, Job y Prometeo. Pero no estoy seguro de que eso no lo comentáramos en su casa. Me esforzaré por recordarlo.

No hubo más clases, o como yo seguía otros cursos quizá no pude ir a ellas. Pero me extraña que dejara una clase de Don Ángel por alguna otra, no lo creo.

Tal vez sí falté a una clase porque asistí a la lectura de la tesis de José Luis Aranguren.

Hablo ahora de éste.

Otra de las personas que sí conocí en casa de Don Ángel fue Antonio Lago Carballo. Ocupaba un cargo importante: era subsecretario del Ministerio de Educación. Don Ángel me dijo que fuera a verlo y le preguntara si podía facilitar mi viaje a Francia. Antonio lo resolvió en un instante: me concedió una beca *sui generis*: tenía la beca, pero el cobro de mi pensión era muy rocambolesco. Yo ahora sería incapaz de explicarlo. Sólo sé que la pensión era suficiente y que, con unas clases de español que dí en París, me permitió no sólo vivir sino también comprarme cantidad de libros, sobre todo de la Editorial Payot (que conservo).

Antonio Lago me presentó en el mismo Ministerio a Juan Luis Camblor, que era Secretario del Colegio Español de la Cité donde yo iba a residir. Mi relación con Camblor fue desde el principio excelente. Ya en París, desde el primer momento me facilitó el cobro de mi pensión, me dijo que no me preocupara. El problema era que mi pensión me la pagaban en pesetas, ya que francos no tenían. Pero Camblor conocía a un cambista que podía cambiármelo, aunque descontaba su comisión. Y así se arregló aquello.

Camblor fue un amigo generoso, que me invitó más de una vez a cenar en restaurantes que me parecieron excelentes, "para que no juzgues a la cocina francesa por el rasero de la Cité". El director del Colegio era un diplomático, Antonio Poch, al que traté menos, pero que también se portó muy bien conmigo. Me dio un montón de dinero para que pudiera hacer un viaje a Madrid y enterarme de los

rumores de cambio que corrían por allí y que la prensa francesa recogía constantemente.

Vi a Don Ángel en ese viaje: ya estaba en la Clínica de la Concepción, en el pulmón de acero y me causó una dolorosa impresión. Chelo estaba con él pero aprovechó mi llegada para salir a comprar unas cosas. Tuve la impresión de que salió para llorar, por que volvió casi de inmediato con los ojos enrojecidos. Don Ángel conservaba su ánimo muy entero y se interesó por mis estudios en París.

Todavía no he contado nada de mis estudios en París, pero lo hago ahora con lo que le conté a Don Ángel. Cuando intenté contactar con Mircea Eliade, a quien mi maestro le había escrito, tuve una dolorosa sorpresa. Mircea Eliade se había marchado tiempo antes a Norteamérica, sin propósito de volver. La conserje me comunicó que en la casa en que él había vivido vivían ya otras personas.

Me planteé qué podía hacer. Volverme sin más a España, con todo lo que me había costado llegar hasta París me parecía un despilfarro. No vi más solución que aprovechar mi estancia en París y encerrarme en sus bibliotecas, en la del Museo del Hombre, que era espléndida, y en la Bibliothèque Nationale de París, a la que rápidamente me concedieron acceso sin dificultad. Ambas las usé, pero saqué mas provecho de esta segunda, en la que estaba todo lo que podía pensar. Iba mañana y tarde y buscaba un sitio para comer cerca y rápido. Eso me resultó más fácil en la Biblioteca Nacional, ya que había unos grandes almacenes no lejos donde te servían apenas sentarte.

Aproveché mi tiempo. Estaba en la biblioteca a la que iba ese día antes de que la abrieran, iba a comer deprisa y volvía a la biblioteca también deprisa y estaba en ella hasta que me echaban. Varias veces hubo huelga de transportes, pero fui andando. Claro que no llegué antes de que abrieran.

Recuerdo conmovido lo joven que yo era y las ganas que tenía de aprender. Y también lo mucho que me dolió el dolor de Don Ángel y el de Chelo. Y recuerdo el ruido terrible, obsesivo, del pulmón de acero. Y que me preguntaba si ellos podrían dormir.

Me fui al Colegio Mayor y esa noche no pude dormir yo.
